

La Herencia de Sancho Panza

Por Alejandro Fernández García (1902)

Sancho Panza se sentía morir. Grises lánguidos, monótonos, sin la perla de una lágrima, sin la flor de una sonrisa, pasaban los días, unos tras otros, empujándolo a la tumba.

Libre de faenas y aventuras, lo mataba la vida perezosa. La melancolía, como la carcoma, le roía el alma en silencio. Sólo durante el sueño era completamente dichoso; porque su sueño estaba poblado de ensueños. Dormido, mirando a Don Quijote, pero no ya en la tierra, obscura y miserable, sino en los florecidos y milagrosos campos del cielo. Deslumbrante sobre su enjaezado palafren, Don Quijote cabalgaba a todo correr por la vía-láctea. Su lanza resplandecía como hecha de un solo imponderable, inaudito diamante; en las manos, las riendas le brillaban cual si fuesen tejidas de finos y rubios cabellos. El mismo Rocinante estaba desconocido. Era todo un blanco jazmín. Sus crines eran largas, sedenas y luminosas, sus ojos cual dos azules zafiros, sus cascos de oro; y a cada golpe de sus cascos de oro, contra las piedras de la ruta celeste, brotaba una chispa radiante, que caía en el espacio como una estrella, igual a esas que, incendiando por un minuto el cielo, van a ahogarse en el fondo del mar, como lirios de fuego fulgurantes y efímeros...

Pero de estos sueños y estas quimeras, volvía Sancho a la realidad, más triste y más apesarado que nunca! Un día, sintiendo más próxima la hora de su muerte, reunió alrededor de su lecho, sus cuatro hijos varones, para hacerles el legado de su escasa fortuna. Sus bienes eran flacos y exiguos, y no tardó, entre consejo y consejo, en repartirlos justamente. Sin embargo, algo faltaba a Sancho que legar.

Allá en el fondo del granero, dentro de un arcón vetusto, dormían siglos ha, en el abandono y en la inercia, cuatro chismes hasta entonces inútiles, cuatro joyas milagrosas de un poder sobrehumano é inmortal. Con ellas era fácil encantar, dominar, esclavizar el mundo. A su influjo poderoso se deslumbrarían los mortales. Y dominarían la tierra encantándola. Las almas se sentirían atadas a su dominio con cadenas formidables, y las cadenas serían cadenas de flores. Sólo faltaba la mano generosa de cuatro paladines que las llevasen al combate y a la gloria.

Y Sancho Panza, seguido de sus hijos, subió al destartado granero en donde yacían, sepultadas bajo el polvo; las cuatro joyas prodigiosas y sublimes. No es posible adivinar

por qué manera habían caído en manos tan palurdas aquellas joyas. Y las cuatro joyas eran un laúd, una paleta, un cincel y una pluma.

El laúd, era un viejo laúd de ébano incrustado de nácares. Debía haber pertenecido a manos muy ilustres, porque era de una fabulosa riqueza. De alguna reina romántica o de algún príncipe trovador. Viéndolo se creería que por sobre sus cuerdas sonoras, erraba todavía la mano cándida, ligera y fina como un jazmín, que sabía arrancar de su vientre sonoro la sollozante, dolorosa, cristalina perla de la música. Y en el fondo del viejo laúd debían vivir todavía muchas infinitas perlas. Y el laúd esperaba la mano reveladora y sabia para desatarse en trinos y en perlas y en flores...

Y la paleta, era una vieja paleta de marfil. En ella reían a la luz todos los colores del iris. El rojo, el verde, el blanco, el negro, el amarillo, el azul, mezclados, confundidos, aprisionaban los futuros lienzos milagrosos. Allí dormían los dulces retratos de las mujeres, el violeta de las tristes miradas, el rosado de las mejillas, el negro de las pestañas, el oro de los cabellos, y los paisajes todos del cielo y del agua, los crepúsculos sangrientos, y los lívidos claros de luna; los árboles y las praderas; las rocas y las selvas; los ríos y las mariposas; y las flores y el claro espejo de los lagos.

Mirando la paleta se adivinaba la mano febril del pintor que fue su dueño, cuando en horas de inspiración trasladaba al lienzo el encanto de sus creaciones; y el rayo de miradas llameantes a cada golpe feliz, a cada toque maestro, mientras sus profundas ojeras se iban haciendo cada vez más tristes y negras, y en sus pulmones heridos de muerte hundía sus uñas heladas y filosas el monstruo de la tisis.

Y el cincel era un cincel de oro. A su golpe fecundo habían surgido del bloque de mármol informe los contornos de cien cuerpos desnudos. El milagro de los senos, finos como flores, las amplias curvas radiosas y jocundas, las piernas gráciles de las ninfas y el pecho lacertoso de los faunos.

Todas las posturas, todos los esguinces de los bellos cuerpos desnudos, habían despertado a la vida en la tosca y dura piedra brutal; todas las actitudes habían brotado al golpe luminoso del cincel. Bajo su caricia el mármol había temblado de amor. A su beso había nacido Venus, y a uno de sus golpes, un día de primavera, Eros, su flor, su joya, su baratija diminuta y alada.

Y la pluma era una pluma de cisne.

Era sedosa y alba. Con ella se había escrito porque estaba manchada de tinta. Y no era difícil imaginar lo con ella se había escrito. Con ella se había debido escribir algo muy frágil y muy radiante, muy efímero y muy doliente. La canción de la estrella y el elogio del ruiseñor. Una oda a las rosas y otra a las perlas.

Los madrigales de seda, los rondeles de oro, las rimas azules, se deslizaron un día de aquella blanca pluma afortunada. Todo un torrente de poesía surgió de ella, y cantó a los labios de coral y a los ojos de carbón. Alabó la belleza de la lágrima y de la sonrisa, ambas hermanas; y encarceló en un verso un rayo de luna, y en otro verso un rayo de sol, uniendo así, en una misma estrofa, la plata con el oro. Con dos pétalos de rosa y una gota de miel, hizo una estrofa como una abeja de oro y la echó a volar por el jardín del mundo, tal como lo hubiera hecho Anacreonte. Y el cuello de un cisne le inspiró un verso, y otro verso le inspiró la cancerosa lepra de un mendigo.

Y Sancho Panza, luego de haber sacado las joyas del arcón, llamó a sus cuatro hijos y dio al primero, el laúd, y le dijo:

- Toma tú el laúd. En su fondo hay muchos ruiseñores dormidos. Despiértalos! Regala el oído de los hombres con el mágico sortilegio de la música.

Y dio al segundo la paleta de marfil y le dijo:

- Aquí sobre esta paleta se encuentran aprisionados los más gallardos y deslumbradores lienzos. Evócalos!

Y al tercero regaló el cincel de oro.

- En este cincel- exclamó- palpita la maravilla de los radiosos cuerpos desnudos. Haz que en el mármol viva una belleza inmortal.

Y dio al último la pluma del cisne, diciéndole:

- A ti te doy la menos rica de las joyas, pero en cambio con ella puedes imitar la música del laúd, el colorido de la paleta y las líneas del cincel. Con ella puedes hacer melodías, lienzos y estatuas, superando los más sonoros laudes, las más divinas paletas, y los cinceles más prestigiosos.

Y a los pocos días, después de estas razones, Sancho Panza dejó de existir, y sus cuatro hijos, siguiendo sus consejos, partieron a recorrer la tierra, tomando cada uno su camino, armados de los cuatro instrumentos.

Pero el que portaba el laúd no hallaba la forma ni la manera de despertar los ruiseñores que dormían en el vientre armonioso del instrumento. En vez de dulces y perladas canciones, en lugar de trinos y gorjeos, surgían del laúd, al ser pulsado por sus manos vulgares, gritos, carcajadas y ladridos. Por lo cual resolvió vender el instrumento inútil en la primera ciudad a que llegase.

Y el que portaba la paleta en vano quiso sorprender el secreto escondido en los colores. Y los lienzos milagrosos y los dulces perfiles de las mujeres no surgieron a su evocación. Viendo perdido su esfuerzo resolvió vender aquella joya inútil en sus manos, a un traficante judío que hacía su mismo camino.

El más feliz y afortunado de todos fue el portador del áureo cincel. No se molestó en ensayar sus cualidades de artista. El cincel era de oro. Bien pronto lo convirtió en monedas que resonaron en sus bolsillos con alegres y argentinas carcajadas. Todos por fortuna se despojaron de las líricas joyas, las cuales infamaban con el torpe contacto de sus dedos impuros.

Pero ¡ay! El que se había hecho poseedor de la pluma de cisne fue el único que no pudo desprenderse de su legado. ¿Quién le daría la más miserable moneda por aquella vieja pluma de cisne manchada de tinta? Sus hermanos habían sido más afortunados. El laúd era de ébano, la paleta era de marfil, el cincel de oro. Todo se podía llevar al mercado y traficar con ello. Pero su vieja y amarilla pluma de cisne ¿para qué servía? ¡Oh, qué desgraciado se sentía! En vano había ensayado escribir con ella. El miserable no sabía.

En un recodo del camino se detuvo. Junto a él había un barranco profundo en cuyo fondo bramaba un torrente. Y con la pluma en la mano y el odio y la rabia en el corazón, bajo el cielo irónico, se sintió en el más espantoso ridículo. ¿Qué hacer con aquella vieja pluma de cisne con la cual ni siquiera sabía trazar la más insignificante letra? Por un momento quiso arrojarla al abismo. Pero de improviso tuvo un remordimiento. Aquella pluma era regalo de su padre. A sus ojos acudió una lágrima. Y desde el fondo del abismo, por sobre la voz del torrente, creyó escuchar la propia voz de su ilustre padre, la propia voz de

Sancho Panza, que profunda, solemne, formidable, desde la eternidad y desde la tumba le gritaba:

- Hijo mío, hazte poeta!

Y se hizo poeta...